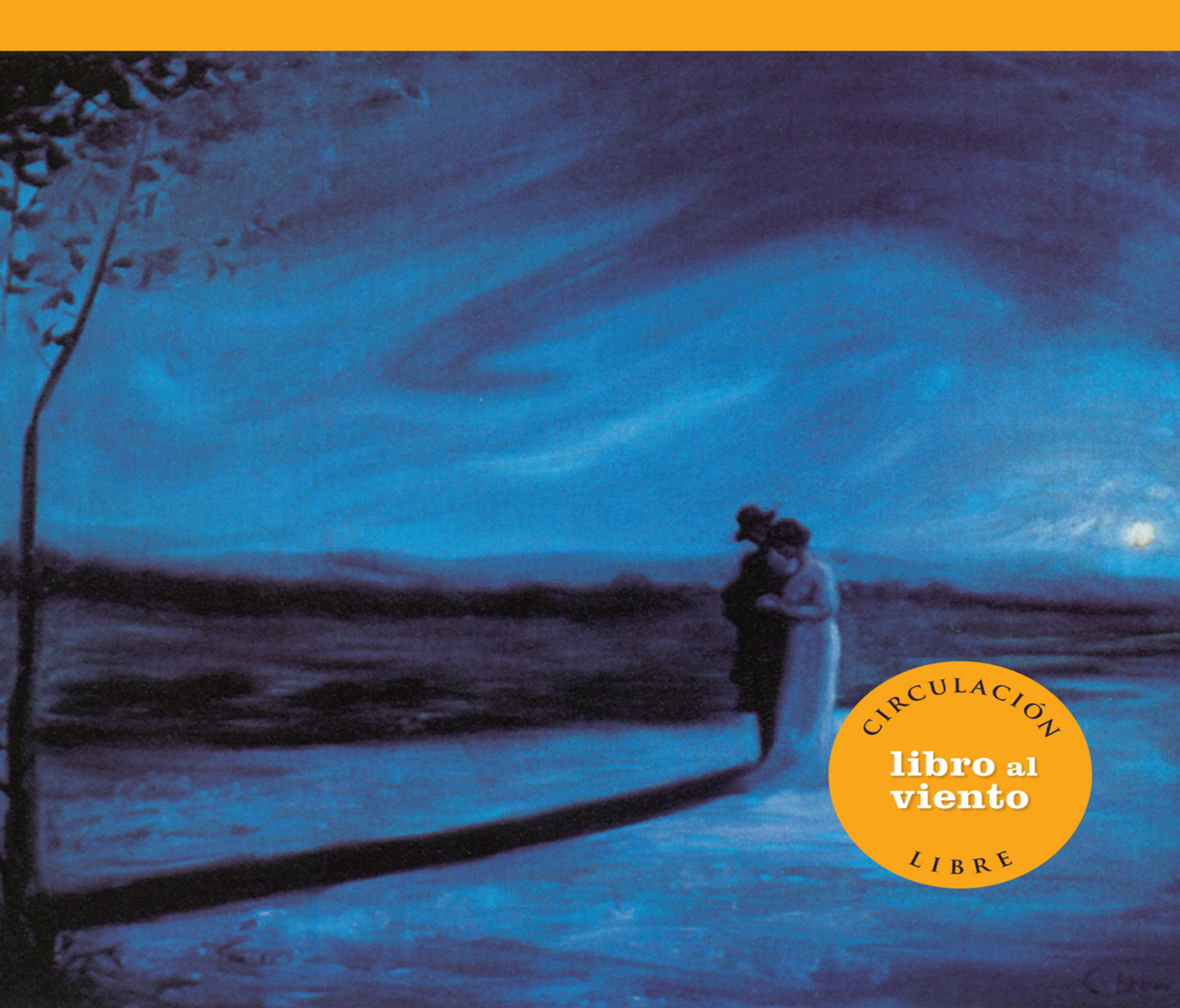
50 POEMAS DE AMOR COLOMBIANOS





Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura, recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes



50 POEMAS DE AMOR COLOMBIANOS

Alcaldía Mayor de Bogotá
Gustavo Petro Urrego, Alcalde Mayor de Bogotá

Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte
Clarisa Ruiz Correal, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte
Jerónima Sandino, Directora de Lectura y Bibliotecas

Instituto Distrital de las Artes – Idartes
Santiago Trujillo Escobar, Director General
Bertha Quintero Medina, Subdirectora de las Artes
Valentín Ortiz Díaz, Gerente del Área de Literatura
Paola Cárdenas Jaramillo, Javier Rojas Forero, Mariana Jaramillo Fonseca,
Isabella Bolaños, Ramiro Calixto, Carlos Ramírez Pérez,
Equipo del Área de Literatura

Secretaría de Educación del Distrito
Óscar Sánchez Jaramillo, Secretario de Educación
Nohora Patricia Buriticá Céspedes, Subsecretaria de Calidad y Pertinencia
Adriana Elizabeth González Sanabria, Directora de Educación Preescolar y Básica
Sara Clemencia Hernández Jiménez, Carmen Cecilia González Cristancho, Equipo de Lectura, Escritura y Oralidad

Cámara Colombiana del Libro
Enrique González Villa, Presidente Ejecutivo
Adriana Martínez-Villalba, Coordinadora de Ferias

Primera edición: Bogotá, septiembre de 2015

Imágenes: carátula: *El nocturno de Silva*, óleo de Coriolano Leudo, 1915; p. 13: freeimages.com

www.idartes.gov.co

ISBN 978-958-8898-26-1 (impreso)
ISBN 978-958-8898-27-8 (epub)

Edición: Antonio García Ángel
Diseño + diagramación: Óscar Pinto Siabatto
Producción eBook: eLibros Editorial

Contenido

Sobre esta selección

¿Qué se puede decir sobre el amor que no esté ya dicho?, es la pregunta que pendula sobre todo el que arriesga la pluma en procura de tocar ese tema. La palabra *amor*, según Juan Manuel Roca, «con todas las pinturas, maquillajes y afeites untados sobre ella, se ha llenado de un grueso cascarón que no permite verla en su plenitud». Me atrevería a precisar que la mala poesía es la que actúa como pintura, maquillaje y afeite: oscurece al amor, lo llena de ornato vano y palabrería; pero la verdadera poesía esclarece al amor, lo indaga, lo hace brillar y nos muestra los matices, los inesperados cauces por los que fluye ese sentimiento. Todo está dicho sobre el amor, claro, pero la poesía aún busca, sin embargo, una nueva forma de decirlo, una más, aunque el resultado casi siempre sea un pequeño ajuste de foco sobre una variante ya tratada por otros.

En esta selección hay 50 asedios poéticos al amor y al ser amado. Abre este volumen *La pareja de piedra,* poema de la tradición catía que hunde sus raíces en tiempos prehispánicos, y cierra con textos de poetas vivos: es una mínima e incompleta muestra de la poesía amorosa nacional a lo largo de los años, con todas las omisiones a que obliga la cifra. Se incluyen poemas ya clásicos como el *Nocturno* de Silva y *A solas*, de Ismael Enrique Arciniegas, otros de autores que sin duda pertenecen al canon, pero también hay una pequeña cuota de poetas menores y poemas casi desconocidos. El espectro de estilos, temas y enfoques es amplio, y buena parte pertenece a ese anverso que es el desamor, tan proporcional y tan inseparable. Los poemas que se llaman «de amor» incluyen aquellos que hablan de la soledad, del tedio, del olvido, del silencio y del resentimiento; el amor apacible, bello, tiene mucho de evocación: los enamorados están muy ocupados viviendo, se escribe cuando la herida está viva. El afán de expresarlo surge con más fuerza entre quienes perdieron el amor o lo están buscando.

Agradezco a los autores de antologías generales o específicas y a los amigos que me sugirieron textos y me aconsejaron. Fue muy doloroso omitir algunos poemas, queda material para tres volúmenes como éste. Imploro al indulgente, amoroso lector que, cuando no encuentre el poema imprescindible, presuma que ése fue para mí el más difícil de sacar.

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL

BIBLIOGRAFÍA

ALVARADO TENORIO, Harold (comp.), *Una generación desencantada*, Universidad Nacional de Colombia, Colección Popular, Bogotá, 1985.

ARANGO, José Manuel, *Signos*, Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 1978.

BENAVIDES, Horacio, *La serena hierba: antología*, Sílaba Editores, Medellín, 2013.

BONNETT, Piedad, *Las tretas del débil*, Editorial Alfaguara, Bogotá, 2004.

BUSTOS, Rómulo, *Obra poética*, Ministerio de Cultura. Bogotá, 2010.

CHARRY LARA, Fernando, *Poesía Reunida*, Fondo de Cultura Económica, Pre-textos, 2003.

COBO BORDA, Juan Gustavo (comp.), *Cuerpo erótico*, Villegas Editores, Bogotá, 2005.

COBO BORDA, Juan Gustavo, *Furioso amor*, El Áncora Editores, Bogotá, 1997.

COTE BARAIBAR, Ramón, *Como quien dice adiós a lo perdido*. Granada, Valparaíso Ediciones, 2014.

DELMAR, Meira, *Antología*, Editorial Universidad de Antioquia, Medellín.

ECHAVARRÍA, Rogelio (comp.), *Antología de la poesía colombiana*, Ministerio de Cultura, El Áncora Editores, 1997.

GARAVITO, Fernando y UMAÑA PAVOLINI (comps.), *Cien años de poemas de amor (1890-1990)*, Banco Internacional. Ediciones Cama/León, Bogotá, 1991.

GARCÍA MEJÍA, Hernando (comp.), *Poesía amorosa colombiana*, Edilux Ediciones, Medellín, 1992.

HERRERA GÓMEZ, Fernando, *Sanguinas*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2004.

HOLGUÍN, Andrés, *Antología crítica de la poesía colombiana (1874-1974)*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1986.

JARAMILLO AGUDELO, Darío, *Poemas de amor*, Visor Libros, Madrid, 2013.

JARAMILLO AGUDELO, Darío (comp.), *Sentimentario: antología de la poesía amorosa colombiana*, Editorial La Oveja Negra, Bogotá, 1985.

JURADO VALENCIA, Fabio (comp), *Poesía Colombiana (1931-2005)*, Común Presencia Editores. UNAM, México, 2006.

OSPINA, William, *La luna del dragón*, Centro Editorial Universidad del Valle, Bogotá, 1993.

PALACIO JARAMILLO, Martha Inés, *La mujer y el amor: antología poética*, Fiducafé, Bogotá, 1996.

QUESSEP, Giovanni, *Érase mi alma: antología*, Universidad de Antioquia, Medellín, 2007.

ROBLEDO, Juan Felipe, *Luz en lo alto: antología poética*, Universidad Externado, Bogotá, 2006.

ROCA, Juan Manuel, *Cantar de lejanía: antología personal*, Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 2005.

ROCA, Juan Manuel (comp.), *Los más bellos poemas de amor*, Editorial La Oveja Negra, 2000.

VIEIRA, Maruja, *Tiempo de la Memoria: antología personal*. Caza de Libros, Ibagué, 2010.

50 POEMAS DE AMOR COLOMBIANOS



La pareja de piedra

Una indígena mandó a su hijo, que tenía como dieciséis años, que fuera al monte para que trajera leña.

El muchacho fue y una indiecita lo siguió. En el monte se unieron sexualmente, pero no pudieron separarse.

Sus padres tenían que alimentarlos, porque no podían valerse para nada ellos mismos.

Después, se convirtieron en piedra.

Cuando esté próximo el fin del mundo, la pareja comenzará a moverse y cuando el mundo se acabe podrán separarse.

Tradición Catía

Afecto 45: Deliquios del verdadero amor

El habla delicada
del amante que estimo,
miel y leche destila
entre rosas y lirios.

Su meliflua palabra
corta como el rocío,
y con ella florece
el corazón marchito.

Tan suave se introduce
su delicado silbo,
que duda el corazón
si es el corazón mismo.

Tan eficaz persuade
que, cual fuego encendido,
derrite como cera
los montes y los riscos.

Tan fuerte y tan sonoro
es su aliento divino,
que resucita muertos
y despierta dormidos.

Tan dulce y tan suave
se percibe al oído,

que alegra de los huesos
aun lo más escondido.

Al monte de la mirra
he de hacer mi camino,
con tan ligeros pasos
que iguale al cervatillo.

Mas ¡ay, Dios! que mi amado
al huerto ha descendido,
y como árbol de mirra
suda el licor más primo.

De bálsamo es mi amado,
apretado racimo
de las viñas de Engadi:
el amor le ha cogido.

De su cabeza el pelo,
aunque ella es de oro fino,
difusamente baja
de penas a un abismo.

El rigor de la noche
le da el color sombrío,
y gotas de su hielo
le llenan de rocío.

¿Quién pudo hacer !ay, cielo!
temer a mi querido,
que huye el aliento y queda
en un mortal deliquio?

Rojas las azucenas
de sus labios divinos,
mirra amarga destilan
en su color marchitos.

Huye Aquilo; ven Austro,
sopla en el huerto mío;
las eras de las flores
den su olor escondido.

Sopla más favorable
amado vientecillo;
den su olor las aromas,
las rosas y los lirios.

Mas ¡ay! que si sus luces
de fuego y llamas hizo,
hará dejar su aliento
el corazón herido

Madre Josefa del Castillo
(1671-1742)

Anacreóntica

Estrecha, Amor, los nudos
del apacible lazo
con que estos corazones
están aprisionados.

Estréchalos, de modo
que ni el terrible brazo
de la impiadosa muerte
consiga desatarlos.

Hace tiempo que, unidos
con indecible encanto,
bendicen la fortuna
de verse cautivados.

Ni males, ni peligros,
ni angustias, ni trabajos,
ni la fortuna adversa
ha podido apartarlos.

Estrecha, pues, estrecha,
dulce Amor, estos lazos,
de suerte que tú mismo
no puedas desatarlos.

José María Gruesso
(1779-1835)

¿Qué es el dolor?

¿Preguntas qué es dolor?... Un viejo amigo
inspirador de mis profundas quejas,
que se halla ausente cuando estás conmigo,
que está conmigo cuando tú te alejas.

José María Rivas Groot
(1863-1923)

A SOLAS

¿Quieres que hablemos?... Está bien... Empieza:
habla a mi corazón como otros días.
Pero no... ¿qué dirías?
¿Qué podrías decir a mi tristeza?
no intentes disculparte... ¡todo es vano!
ya murieron las rosas en el huerto;
el campo verde lo secó el verano,
y mi fe en ti, como mi amor, ha muerto.

Amor arrepentido,
ave que quiere regresar al nido
al través de la escarcha y las neblinas;
amor que vienes aterido y yerto,
donde fuiste feliz... ¡ya todo ha muerto!
no vuelvas... ¡Todo lo hallarás en ruinas!
¿A qué has venido?... ¿Para qué volviste?

¿Qué buscas?... ¡Nadie habrá de responderte!
está sola mi alma, y estoy triste.
¡Inmensamente triste hasta la muerte!
todas las ilusiones que te amaron,
las que quisieron compartir tu suerte,
mucho tiempo en la sombra te esperaron,
y se fueron... ¡cansadas de no verte!

Cuando por vez primera
en mi camino te encontré, reía
en los campos la alegre primavera;

todo era luz, aroma y armonía.

¡Hoy... todo cuán distinto! paso a paso,
yo solo voy por la desierta vía
–Nave sin rumbo entre revueltas olas–
pensando en las tristezas del ocaso,
y en las tristezas de las almas solas.

En torno la mirada no columbra
sino aspereza y páramos sombríos;
los nidos, en la nieve, están vacíos,
y la estrella que amamos, ya no alumbra
el azul de tus sueños y los míos!

¡Partiste para ignota lontananza
cuando empezaba a descender la sombra!
... ¿Recuerdas? te imploraba mi esperanza,
¡Pero ya mi esperanza no te nombra!

¡No ha de nombrarte!... ¡Para qué!... Vacía
está el ara, y la historia yace trunca.
¡Ya para qué esperar que irradie el día!
¡Ya para qué decimos: todavía,
si una voz grita en nuestras almas: nunca!

……………………………………..

Dices que eres la misma; que en tu pecho
la dulce llama de otros tiempos arde;
que el nido del amor no está deshecho,
que para amarnos otra vez no es tarde.

¡Te engañas!... ¡No lo creas!... ¡Ya la duda

echó en mi corazón fuertes raíces.
Ya la fe de otros años no me escuda!...
¡Quedó de besos mi ilusión desnuda,
y no puedo creer lo que me dices!

¡No lo puedo creer!... Mi fe burlada,
mi fe en tu amor perdida,
es ancla de una nave destrozada,
ancla en el fondo de la mar caída!

……………………………………..

Anhelos de un amor, castos, risueños,
ya nunca volveréis... Se van... ¡Se esconden!
¿Los llamas?... ¡Es inútil!... No responden...
¡Ya los cubre el sudario de mis sueños!

¡Hace tiempo se fue la primavera...
Llegó el invierno, fúnebre y sombrío!
ave fue nuestro amor, ave viajera,
¡Y las aves se van cuando hace frío!

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS
(1865-1938)

NOCTURNO

Una noche,
Una noche toda llena de perfumes, de murmullos y de música de alas,
Una noche
En que ardían en la sombra nupcial y húmeda, las luciérnagas fantásticas,
A mi lado, lentamente, contra mí ceñida, toda,
Muda y pálida
Como si un presentimiento de amarguras infinitas,
Hasta el fondo más secreto de tus fibras te agitara,
Por la senda que atraviesa la llanura florecida
Caminabas,
Y la luna llena
Por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz blanca,
Y tu sombra
Fina y lánguida,
Y mi sombra
Por los rayos de la luna proyectada
Sobre las arenas tristes
De la senda se juntaban.
Y eran una
Y eran una
¡Y eran una sola sombra larga!
¡Y eran una sola sombra larga!
¡Y eran una sola sombra larga!
Esta noche
Solo, el alma
Llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
Separado de ti misma, por la sombra, por el tiempo y la distancia,
Por el infinito negro,

Donde nuestra voz no alcanza,
Solo y mudo
Por la senda caminaba,
Y se oían los ladridos de los perros a la luna,
A la luna pálida
Y el chillido
De las ranas,
Sentí frío, era el frío que tenían en la alcoba
Tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
¡Entre las blancuras níveas
De las mortuorias sábanas!
Era el frío del sepulcro, era el frío de la muerte,
Era el frío de la nada...
Y mi sombra
Por los rayos de la luna proyectada,
Iba sola,
Iba sola
¡Iba sola por la estepa solitaria!
Y tu sombra esbelta y ágil
Fina y lánguida,
Como en esa noche tibia de la muerta primavera,
Como en esa noche llena de perfumes, de murmullos y de músicas de alas,
Se acercó y marchó con ella,
Se acercó y marchó con ella,
Se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras enlazadas!
¡Oh las sombras que se buscan y se juntan en las noches de negruras y de lágrimas!...

José Asunción Silva
(1865-1896)

Tú no sabes amar

Tú no sabes amar; ¿acaso intentas
darme calor con tu mirada triste?
El amor nada vale sin tormentas,
¡sin tempestades... el amor no existe!

Y sin embargo, ¿dices que me amas?
No, no es el amor lo que hacia mí te mueve:
el Amor es un sol hecho de llamas,
y en los soles jamás cuaja la nieve.

¡El amor es volcán, es rayo, es lumbre,
y debe ser devorador, intenso,
debe ser huracán, debe ser cumbre...
debe alzarse hasta Dios como el incienso!

¿Pero tú piensas que el Amor es frío?
¿Que ha de asomar en ojos siempre yertos?
¡Con tu anémico amor... anda, bien mío,
anda al osario a enamorar los muertos!

Julio Flórez
(1867-1923)

Esfinge

Todo en ti me conturba y todo en ti me engaña,
desde tu boca, donde la pasión se adivina
que empurpura los pétalos de esa rosa felina,
hasta la rubia movilidad de tu pestaña.

Todo en ti me es adverso, tu sonrisa me daña
como un hechizo, y en tu plática divina
por un campo de flores la falacia camina
fríamente cual una ponzoñosa alimaña.

Con tu rostro de mártir eres una venganza.
Tus manecitas estrangularon mi esperanza,
y es tu flor un euforbio semioculto entre tules.

Tu lámpara alimentan alas de mariposa,
arda en ella este verso que me inspiró tu prosa:
¡eres una mentira con los ojos azules!

Guillermo Valencia
(1873-1943)

SERENATA

¡Ay, Camila, no vuelvo
ni al portón de tu casa,
porque tú, la más bella
del contorno, me matas
con promesas que saben
a bagazo de caña!

¡Nada valen mis besos
y achuchones!... ¡Y nada
si murmuro en tu oreja,
tu orejita de nácar,
cuatro cosas que tumban
bocarriba a una estatua!

¡Ah, te juro que nunca
tornaré por tu casa,
ya que tú, más bonita
que agridulce manzana,
tienes ¡ay! la simpleza
del icaco y la guama!

¡Y eres más que imposible
pues tus mismas palabras
son candados, pestillos,
cerraduras y aldabas
de tus brazos abiertos
y tus piernas cerradas!

LUIS CARLOS LÓPEZ

(1883-1950)

Lo que dice la flor

Me quiere mucho, poquito y nada...
así me dice la blanca flor
cuando en la tarde junto a la Amada
yo le consulto cosas de amor.

Y Ella, la nena, dulce y bonita
por cuyas gracias suspiro y lucho,
también consulta la margarita,
que a todas horas, fresca o marchita,
le dice siempre: te quiere mucho...

Juntos a veces entre las flores,
frente a las matas de su vergel,
hablamos largo cosas de amores,
cosas de amores, de las mejores
como una rosa o algún clavel.

Pero si acaso mi amor deshoja
la margarita recién cortada
se aumenta el peso de mi congoja,
pues siempre acaba la última hoja:
me quiere mucho, poquito y nada...

Carlos Villafañe
(1881-1959)

Elegía del marino ilusorio

Pensando estoy... Mi pensamiento tiene
ya el ritmo, ya el color, ya el ardimiento
de un mar que alumbran fuegos ponentinos.
A la borda del buque van danzando,
ebrios del mar, los jóvenes marinos.

Pensando estoy... Yo, cómo ceñiría
la cabeza encrespada y voluptuosa
de un joven, en la playa deleitosa,
cual besa el mar con sus lenguas el día.
Y cómo de él cautivo, temblando, suspirando,
contra la Muerte,
su juventud indómita, tierno, protegería.
Contra la Muerte,
su silueta ilusoria vaga en mi poesía.

Morir... ¿Conque esta carne cerúlea, macerada
en los jugos del mar, suave y ardiente,
será por el dolor acongojada?
Y el ser bello en la tierra encantada,
y el soñar en la noche iluminada,
y la ilusión, de soles diademada,
y el vigor... y el amor... ¿fue nada, nada?

¡Dame tu miel, oh niño de boca perfumada!

Porfirio Barba-Jacob
(1883-1942)

La manzana del Edén

En la grata penumbra de la alcoba
todo, indecisamente sumergido
y ella, desmelenada en el mullido
y perfumado lecho de caoba;

tembló mi carne enfebrecida y loba,
y arrobeme a su cuerpo repulido
como a un jazminero florecido
una alimaña pérfida se arroba;

besé con beso deleitoso y sabio
su palpitante desnudez de luna
y en insaciada exploración, mi labio

bajó al umbroso edén de los edenes
mientras sus piernas me formaban una
corona de impudor sobre las sienes....

Miguel Rash Isla
(1887-1953)

Difusión

Ya el otoño llegó, y aún busco aquella
novia lejana cuyo cuerpo leve
es un lampo de rosas y de nieve
en que embrujada se quedó una estrella.

Y aunque no pude ni encontrar su huella,
y los inviernos de la vida en breve
escarcharán mi sien, algo me mueve
a seguir caminando en busca de ella.

Mas pienso a veces que quizás no existe
y que jamás sobre la tierra triste
podré con ella celebrar mis bodas,

o que este loco afán en que me abraso
la busca en una sola, cuando acaso,
se halla dispersa y difundida en todas.

Eduardo Castillo
(1889-1938)

Ritornelo

«Esta rosa fue testigo»
de ése, que si amor no fue,
ninguno otro amor sería.
¡Esta rosa fue testigo
de cuando te diste mía!
El día, ya no lo sé
–sí lo sé, mas no lo digo–.
Esta rosa fue testigo.

De tus labios escuche
la más dulce melodía.
Esta rosa fue testigo:
¡todo en tu ser sonreía!
Todo cuanto yo soñé
de ti, lo tuve conmigo...
Esta rosa fue testigo.

¡En tus ojos naufragué
donde la noche cabía!
Esta rosa fue testigo.
En mis brazos te oprimía,
entre tus brazos me hallé,
luego hallé más tibio abrigo...
Esta rosa fue testigo.

¡Tu fresca boca besé,
donde triscó la alegría!
¡Esta rosa fue testigo

de tu amorosa agonía
cuando del amor gocé
la vez primera contigo!
Esta rosa fue testigo.

«Esta rosa fue testigo»
de ése, que si amor no fue,
ninguno otro amor sería.
¡Esta rosa fue testigo
de cuando te diste mía!
El día, ya no lo sé
–sí lo sé, mas no lo digo–.
Esta rosa fue testigo.

LEÓN DE GREIFF
(1895-1976)

Seremos tristes

Oye, seremos tristes, dulce señora mía;
nadie sabrá el secreto de esta suave tristeza.
Tristes como ese valle que a oscurecerse empieza,
tristes como el crepúsculo de una estación tardía.

Tendrá nuestra tristeza un poco de ufanía
no más, como ese leve carmín de tu belleza,
y juntos lloraremos, sin lágrimas, la alteza
de sueños que matamos estérilmente un día.

Oye, seremos tristes, con la tristeza vaga
de los parques lejanos, de las muertas ciudades,
de los puertos nocturnos cuyo faro se apaga.

Y así, bajo el otoño, tranquilamente unidos,
tú vivirás de nuevo tus viejas vanidades
y yo la gloria póstuma de mis triunfos perdidos.

Rafael Maya
(1897-1980)

Soneto del nuevo amor

Tantas veces, amor, hasta mi oído,
trajo tu flauta su rumor distante,
que hoy lo vuelve a escuchar, y, vacilante,
pienso que es eco de otro amor perdido.

En múltiples amores dividido,
apenas llega al corazón amante
tu voz, ya el corazón tiene delante
otra voz que retorna del olvido.

Qué dulce, amor, este dudar constante,
si la voz, que prolongas en mi oído,
es otra, o es la misma voz distante.

Si nuevo amor camina a nuevo olvido,
o si, en el ruego de la nueva amante,
perdura el ruego del amor perdido.

José Umaña Bernal
(1899-1982)

Canción de amor y soledad

Como en el áureo dátil de solitaria palma,
orillas de mi predio todo el valle resuena,
tú en mi corazón, dátil amargo, tiemblas
y te inclinas desnuda, sollozo y carne trémula.

De palma en que acongójase con vago son el viento,
dátil fiel donde todos los horizontes suenan,
mi corazón es una carne tuya, tu carne,
cantando entre distancias y entre nieblas.

Tuyo es el viento y el rumor, dorados,
tuyo el canto en la noche sin palmeras,
tuyo el trémolo al fondo de los huesos,
y el palpitar oscuro de mis venas.

El país que en tus ojos vive entre parpadeos,
canta en mí con su largo sollozar innegable,
rumora en mí, y el ansia de tu boca madura,
y rumoran sin fin los valles de tu carne.
Oscura tú, y entre tu luz sin tregua,
eres un son tan hondo, tan hondo y dolorido.

Dátil maduro, dátil amargo, escucha
mi corazón al filo del viento, tu gemido,
tu gemido gozoso, tu olor de flor abierta.
Mecido en ti, lleno de ti se escucha,
y da al viento ceniza de sus gritos.

Aurelio Arturo

(1906-1974)

Te esperé desde siempre

Cómo te amo amor, cómo te amo:
mi embarcación de pulsos,
mi contenido aliento,
mi temblor delirante.
Eres radioso y puro,
estación de los frutos
cantados por la tierra
en su ansiedad secreta;
eres también la lluvia
que va cayendo lenta.

Vienes de lo ignorado,
presencia arrebatada,
floración que se abre
al límite en la noche.

Te esperé desde siempre
cuando el viento mecía
tu nombre entre los árboles;
cuando todas las cosas
recién amanecían
guardándoles un sitio
a la rosa y al trigo,
al vuelo y la paloma,
al rumor de los bosques
cuando el amor cantaba.

Te esperé desde siempre.

Matilde Espinosa
(1910-2008)

Soneto sediento

Mi *tú*. Mi sed. Mi víspera. Mi *te-amo*.
El puñal y la herida que lo encierra.
La respuesta que espero cuando llamo.
Mi manzana del cielo y de la tierra.

Mi *por-siempre-jamás*. Mi agua delgada,
gemidora y azul. Mi amor y seña.
La piel sin fin. La rosa enajenada.
El jardín ojeroso que me sueña.

El insomnio estelar. Lo que me queda.
La manzana otra vez. La sed. La seda.
Mi corazón sin uso de razón:

me faltas tanto en esta lejanía,
en la tarde, a la noche, por el día,
como me faltaría el corazón.

Eduardo Carranza
(1913-1985)

Llanura de Tuluá

Al borde del camino, los dos cuerpos
uno junto del otro,
desde lejos parecen amarse.

Un hombre y una muchacha, delgadas
formas cálidas
tendidas en la hierba, devorándose.

Estrechamente enlazando sus cinturas
aquellos brazos jóvenes,

se piensa:

soñarán entregadas sus dos bocas,
sus silencios, sus manos, sus miradas.

Mas no hay beso, sino el viento
sino el aire
seco del verano sin movimiento.

Uno junto del otro están caídos,
muertos,
al borde del camino, los dos cuerpos.

Debieron ser esbeltas sus dos sombras
de languidez
adorándose en la tarde.

Y debieron ser terribles sus dos rostros
frente a las
amenazas y relámpagos.

Son cuerpos que son piedra, que son nada,
son cuerpos de mentira, mutilados,

de su suerte ignorantes, de su muerte,
y ahora, ya de cerca contemplados,
ocasión de voraces negras aves.

FERNANDO CHARRY LARA
(1920-2004)

Soneto romántico

Esta rosa que pongo entre tu mano
es una breve rosa sin espina.
Y esta canción de oscura golondrina,
como la flor, es un presente vano.

Porque un día, este día de verano
con su sol y su tarde diamantina,
se tornará frontera de neblina
y yo estaré lejana y tú lejano.

Apenas de la rosa por su huella
de perfume, dirás: ¿cómo era ella
que así me duele de invisible espina?

Y yo al fin en el verso recordando,
sin comprenderlo bien, iré olvidando
entre rosa, perfume y golondrina.

Carmelina Soto
(1920-1994)

Declaración de amor

Las algas marineras y los peces,
testigos son de que escribí en la arena
tu bienamado nombre muchas veces.

Testigos las palmeras litorales,
porque en sus verdes troncos melodiosos
grabó mi amor tus claras iniciales.

Testigos son la luna y los luceros
que me enseñaron a esculpir tu nombre
sobre la proa azul de los veleros.

Sabe mi amor la página de altura
de la gaviota en cuyas grises alas
definí con suspiros tu hermosura.

Y los cielos del sur que fueron míos.
Y las islas del sur donde a buscarte
arribaba mi voz en los navíos.

Y la diestra fatal del vendaval.
Y todas las criaturas del Océano.
Y el paisaje total del litoral.

Tú sola entre la mar, niña a quien llamo:
ola para el naufragio de mis besos,
puerto de amor, no sabes que te amo.

¡Para que tú lo sepas, yo lo digo
y pongo al mar inmenso por testigo!

Helcías Martán Góngora
(1920-1984)

Soneto para un sencillo amor

Me gustas porque sí. Sencillamente
mi corazón te quiere. No hallaría
la palabra de íntima alegría
que te expresara lo que mi alma siente.

Y yo te quiero así. Tan simplemente
como el agua al paisaje, como el día
a la rosa que alza su ufanía
frente a la primavera floreciente.

Te amo con sencilla transparencia,
con un amor apenas insinuado
que se vuelve silencio en tu presencia.

Con un tan dulce corazón herido
que si no te dijera que te he amado
lo sabrías oyendo su latido.

Jorge Montoya Toro
(1921-1989)

Súplica de amor

Por mi voz endurecida como una vieja herida;
por la luz que revela y destruye mi rostro;
por el oleaje de una soledad más antigua que Dios;
por mi atrás y adelante;
por un ramo de abuelos que reunidos me pesan;
por el difunto que duerme en mi costado izquierdo
y por el perro que le lame los pómulos;
por el aullido de mi madre
cuando mojé sus muslos como un vómito oscuro;
por mis ojos culpables de todo lo que existe;
por la gozosa tortura de mi saliva
cuando palpo la tierra digerida en mi sangre;
por saber que me pudro.
Ámame.

Héctor Rojas Herazo
(1921-2002)

Desvelo

A la hora del alba cuando el sueño
me abandona,
recorro los momentos
de nuestro amor, en busca
de los rostros de entonces,
los sueños, las palabras.

Todo en vano.

Nos fue borrando el tiempo,
sus implacables manos,
deshaciendo los cuerpos para sólo
dejarnos, viva llama, que no cesa
de arder en el vacío.

Meira Delmar
(1921-2009)

Todavía

Todavía
la frágil quemadura
de una lágrima
borra la luz del árbol.

Todavía
cerca del corazón
se detiene la vida
cuando te nombra alguien.

Todavía
rueda el mundo al vacío
desprendido y errante.

Todavía
no encuentro las palabras
para decir la ausencia
de tus manos.

Todavía te amo.

Maruja Vieira
(1922)

Sonata

Otra vez el tiempo te ha traído
al cerco de mis sueños funerales.
Tu piel, cierta humedad salina,
tus ojos asombrados de otros días,
con tu voz han venido, con tu pelo.
El tiempo, muchacha, que trabaja
como loba que entierra a sus cachorros
como óxido en las armas de caza,
como alga en la quilla del navío,
como lengua que lame la sal de los dormidos,
como el aire que sube de las minas,
como tren en la noche de los páramos.
De su opaco trabajo nos nutrimos
como pan de cristiano o rancia carne
que se enjuta en la fiebre de los ghettos.
A la sombra del tiempo, amiga mía,
un agua mansa de acequia me devuelve
lo que guardo de ti para ayudarme
a llegar hasta el fin de cada día.

Álvaro Mutis
(1923-2013)

Se juntan desnudos

Dos cuerpos que se juntan desnudos
solos en la ciudad donde habitan los astros
inventan sin reposo al deseo.
No se ven cuando se aman, bellos
o atroces arden como dos mundos
que una vez cada mil años se cruzan en el cielo.
Sólo en la palabra, luna inútil, miramos
cómo nuestros cuerpos son cuando se abrazan,
se penetran, escupen, sangran, rocas que se
    destrozan,
estrellas enemigas, imperios que se afrentan.
Se acarician efímeros entre mil soles
que se despedazan, se besan hasta el fondo,
saltan como dos delfines blancos en el día,
pasan como un solo incendio por la noche.

Jorge Gaitán Durán
(1924-1962)

Hay algo en ti

Hay algo en ti que nunca he conquistado;
vana sombra que no me pertenece,
algo que me conturba y me estremece:
flor de amor que jamás he deshojado.

Es algo indefinible, atormentado;
noche que no se acaba ni amanece;
cual sórdido cilicio permanece
entre la carne viva, soterrado.

Algo entre la locura y el espanto.
Grito que va a llegar y nunca llega,
cercano al resplandor, próximo al llanto.

¡Oh trágico dolor de herida ciega!
Amor por quien suspiro y me levanto,
hay algo en ti que nunca se me entrega.

Dora Castellanos
(1924)

La estación perenne

Tu cuerpo desnudo brilla bajo los relámpagos
como antes bajo mis manos.
Todas las estaciones están en tu cuerpo.
La primavera comienza su esplendor en tu abrazo
y concluye en tu boca entreabierta, exultante.
Todos los ríos del mundo están en tu cuerpo,
confluyen en ti en el momento
en que el animal más bello del bosque
–el ciervo, por ejemplo–
bebe de ti y se contempla.
Tu piel es el límite del fuego
donde se refugia el ardor del verano.
Rojas llamas te inundan.
Se mezclan los elementos y tu cuerpo se curva,
hay más aire en tu boca y mi cuerpo sediento
busca en ti salida, la libertad, los deseos.
Se anudan en ti los olivos del mundo
y ardes como una lámpara.
Somos un cuerpo solo luchando contra la muerte.
El otoño se riega en tu cuerpo como vino rojo en la mesa.
Tus muslos descansan en el borde del mundo.
Vuela una paloma de tu pecho a mis manos.
Después miramos los dos, de alegría cansados,
como a chimenea en invierno, el fuego pasado
y tu piel que brilla bajo los relámpagos.

Eduardo Cote Lamus
(1928-1964)

Llegue tu carta

Llegue tu carta, mano larga, pulso sellado, llegue pronto
a darme libertad con la fecha que inventa.

Por esa alta ventana
déjame compartir tus actos contemplándolos
y espera que te envíe
el ave de vuelo único y meta simultánea,
el mensaje que hará retroceder tus días
hasta los míos y clavará en el tiempo la distancia.

Llegue tu carta, amada, con su ingrave tesoro
que sólo una estampilla guía entre torpes gentes,
entre quienes desnudos como ciegos se palpan,
entre cuantos se aman sin distancia y sin alma.

Llegue con su pequeño aire encerrado
de tu lejana estancia donde es más simple el cielo
esa palabra que entre todos los libros busco
y sólo hallo cuando abro tu pliego ensimismado,
esa palabra que, sin haberla escuchado,
busco en tus labios pero resuena en mis oídos.

Llegue tu carta, que musita tu nombre en todas las ciudades
por donde pasa prisionera, triste de su virginal goce,
a los ojos de los carteros, que me ven y se van alegres;
llegue y caiga, paloma derribada
en mis manos, que saben hallarle los secretos,
interpretar la forma del mundo de que vives,

el sueño de que está alimentada la ausencia,
el pedazo de tibio paisaje que me cambias
por este negro y frío túnel de pensamientos.

Llegue tu carta, mano larga, pulso sellado, llegue pronto;
alce tu carta su callado murmurio de pluma en el viento;
mida tu carta el blanco espacio que separa las voces, los besos.

ROGELIO ECHAVARRÍA
(1926)

El deseo

Hoy tengo deseo de encontrarte en la calle,
y que nos sentemos en un café a hablar largamente
de las cosas pequeñas de la vida,
a recordar de cuanto tú fuiste soldado,
o de cuando yo era joven y salíamos a recorrer juntos
la ciudad, y en las afueras, sobre la yerba, nos echábamos
a mirar cómo el atardecer nos iba rodeando.
Entonces escuchábamos nuestra sangre cautelosamente
y nos estábamos callados.
Luego emprendíamos el regreso y tú te despedías siempre en la misma
esquina
hasta el día siguiente,
con esa despreocupación que uno quisiera tener toda la vida,
pero que sólo se da en la juventud,
cuando se duerme tranquilo en cualquier parte sin un pan entre el bolsillo,
y se tienen creencias y confianzas
así en el mundo como en uno mismo.
Y quiero además aún hablarte,
pues tú tienes dieciocho años y podríamos divertirnos esta noche con
cerveza y música,
y después yo seguir viviendo como si nada...
o asistir a la oficina y trabajar diez o doce horas,
mientras la Muerte me espera en el guardarropa para ponerme mi abrigo
negro a la salida,
yo buscando la puerta de emergencia,
la escalera de incendios que conduce al infierno,
todas las salidas custodiadas por desconocidos.
Pero hoy no podré encontrarte porque tú vives en otra ciudad.

Mientras la tarde transcurre
evocaré el muro en cuyo saliente nos sentábamos
a decir las últimas palabras cada noche,
o cuando fuimos a un espectáculo de lucha libre y al salir comprendí que te amaba,
y en fin, tantas otras cosas que suceden...

JAIME JARAMILLO ESCOBAR
(1932)

Signos. Erótica XVI

mientras bajo la tierra crecen las raíces del pino
y los muertos tranquilos pastorean los astros

mientras un hombre canta para espantar su miedo
por un camino solitario

y sobre alguna ciudad desconocida cae la lluvia

tú
y yo
nos amamos

José Manuel Arango
(1937-2002)

Entre árboles

Si eres tú la que busco
ven en la noche de perdidos reflejos,
si eres el cuerpo amado
ven entre árboles, entre canciones.

Aquí te espera un tiempo
desposeído de sus fábulas,
un cuerpo castigado por la vida
y las zarzas de los caminos.

Si eres tú la que viene
déjame una señal entre los árboles:
un velo blanco, una huella en el polvo
me bastarán en mi miseria.

Ven que la muerte espera,
como floresta magnífica espera la muerte;
si eres tú la que busco
ven protegida por un cielo.

Giovanni Quessep
(1939)

Después de la guerra

Un día
después de la guerra
si hay guerra
si después de la guerra hay un día
te tomaré en mis brazos
un día después de la guerra
si hay guerra
si después de la guerra hay un día
si después de la guerra tengo brazos
te haré con amor el amor
un día después de la guerra
si hay guerra
si después de la guerra hay un día
si después de la guerra hay amor
y si hay con qué hacer el amor.

Jotamario Arbeláez
(1940)

BALANCE FINAL

Sobre la cama de sábanas destendidas
un segundo del tiempo que les fue dado
se encontraron más allá de la piel.
Por un instante el mundo fue exacto y bondadoso
y la vida algo más que una historia desolada.
Luego y antes y ahora y para siempre
todo fue un juego de espejos enemigos:
sólo hubo rechazos, cuerpos solitarios,
mal aliento, ilusiones no compartidas,
cartas banales, gestos rutinarios
y un paciente velar el cadáver de aquel instante.

MARÍA MERCEDES CARRANZA
(1945-2003)

Casi obsceno

Si quisieras oír lo que me digo en la almohada
el rubor de tu rostro sería la recompensa
Son palabras tan íntimas como mi propia carne
que padece el dolor de tu implacable recuerdo

Te cuento ¿Sí? ¿No te vengarás un día? Me digo:
Besaría esa boca lentamente hasta volverla roja
Y en tu sexo el milagro de una mano que baja
en el momento más inesperado y como por azar
lo toca con ese fervor que inspira lo sagrado

No soy malvado Trato de enamorarte
Intento ser sincero con lo enfermo que estoy
y entrar en el maleficio de tu cuerpo
como un río que teme al mar pero siempre muere en él.

Raúl Gómez Jattin
(1945-1997)

Epigrama para María

Cuentan que Tiresias hablaba la lengua de los pájaros,
El viejo adivino que daba voz a los presagios
Entre el cresterío de los gallos de Tebas,
Saludaba con silbos la mañana.

Yo, menos afortunado que Tiresias, apenas balbuceo
La jerga de los picoteadores pájaros enjaulados.
Pero al solo recuerdo tuyo, paisaje de tu rostro,
Vuela mi corazón emplumado.

Juan Manuel Roca
(1946)

POEMA DE AMOR 1

Ese otro que también me habita,
acaso propietario, invasor quizás o exiliado en este cuerpo ajeno o de ambos,
ese otro a quien temo e ignoro, felino o ángel,
ese otro que está solo siempre que estoy solo, ave o demonio,
esa sombra de piedra que ha crecido en mi adentro y en mi afuera,
eco o palabra, esa voz que responde cuando me preguntan algo,
el dueño de mi embrollo, el pesimista y el melancólico y el inmotivadamente alegre,
ese otro,
también te ama.

DARÍO JARAMILLO AGUDELO
(1947)

Romance de ocasión

Por supuesto, no era el tiempo más adecuado
para unirnos, hambrientos uno del otro,
a través de hoteles efímeros
que aún arden en la memoria.
Pero nunca hay otro tiempo sino éste
cuando el pasado irresoluto queda atrás
y una tenue capa de besos restaña la herida.
Éste, en que entro en ti
y tu cuerpo formula su oscura exigencia.
Hoy, cuando el llanto acongojado
busca en vano un poco de paz,
sólo veo mi mano acariciando tu nuca;
la tuya, reposando en mi vientre.
Una ciudad hostil
donde tu rostro arrasado
me dice adiós, con una determinación que ignoraba.
Aprenderé, es cierto, una nueva forma de estar solo,
carente ya de la impetuosa confianza que me dabas,
y sin embargo, perdona por decirlo,
escupiré cien veces
sobre lo excesivamente feliz que me hiciste.

Juan Gustavo Cobo Borda
(1948)

Si no te hubiera encontrado

Si no te hubiera encontrado
ni noticias hubiera tenido de ti
si ni siquiera hubieras existido

aun así mi deseo
dando palos de ciego en la noche
te hubiera buscado

y una honda nostalgia
caería sobre mí

Horacio Benavides
(1949)

Carta abierta (mayo)

Ciertamente las cosas sin ti
son cada vez más complicadas,
cuando tú no me llamas,
y tus cartas no llegan;
cuando me despierto en la noche
y encuentro media cama desierta.
Hace quince días no sé nada de ti.
Lunes: salió el sol y las hojas del parque
parecían una copiosa ensalada fresca.
Martes, soñé toda la noche contigo,
tu mano sosteniendo la mía, tu cuerpo
alimentándome como una naranja.
Miércoles, lluvia. Día nublado.
Nada que ver desde mi ventana.
Jueves, salió la luna y estaba llena;
el cielo estrenó una nueva estrella en su diadema.
Viernes... me estás enseñando a contar los números reales.
El mundo comienza en ti y en ti termina.
Tú eres mi Alfa y tú eres mi Zeta.
Hoy, descubrí una nueva flor en el balcón.
No sé su nombre. La regué y dije una oración
deseándole un verano amable
en mi desamparo en tu ausencia.

Sí, cuando tú no estás,
estas cartas abiertas
son alguna clase de evidencia.

Jaime Manrique Ardila

(1949)

Todavía tu sombra llega...

Todavía tu sombra llega
y me invade la casa.
Conversa con las cosas.
Extrañamente tuya
esa presencia muda.
Como si tú quisieras
amarme sin saberlo.
Como si un otro tuyo
se saliera de ti
para buscarme.

Renata Durán
(1950)

Geografía

Dichoso quien ha visto el sol
cuando la hoja del álamo es del color del vino.
Yo no sé de primaveras, ni de otoños.
Me cuentan que la nieve, a veces, huele a sal.
Sé, eso sí, que en esta geografía donde habito
los ríos arrastran la miseria y la sangre
que abona la mata de café antes de la cosecha.
Sé también la historia de algún árbol
y puedo vislumbrar la orquídea que muere en lo mejor
del deseo. El hacha anticipa la aparente victoria
de las tumbas. Pero en la calle hay fiesta
y la mujer que amo agota en su cuerpo las miradas
y se ríe y me besa.

Omar Ortiz
(1950)

Ofertorio

Como un regalo acepto tu silencio,
con todo
lo que contiene su rigor de roca.
Con todas las preguntas que caben en su círculo,
su arañazo, su lágrima y su vientre
de tambor que golpeo
y donde sólo el golpe me responde.
Como algo que es,
que no puede no ser
acepto tu silencio.
Con todo lo que tiene de respuesta,
de grito figurado, de impotencia,
de palabras cosidas con largos hilos falsos.

Porque todo
lo que un hombre quiere soñar cabe en el puño
cerrado del silencio.

Te ofrezco a cambio
todo el silencio que tu oído pide,
que tu corazón pide,
y de puntillas
salgo de ti.
(Yo, que siempre he creído en las palabras).

Piedad Bonnett
(1951)

Buttes Chaumont, 1980

Atrás los barrios árabes brillaban en la niebla.
Entré en una cabina telefónica. Huía
        La tarde, pero el gris no era aún la tiniebla.
«Aquí yo fui feliz con mi amor, algún día».
Lo dije. Y sorprendido miré en torno. El profundo
Declive con sus árboles desnudos. Aquel puente.
«Si nunca pisé antes este rincón del mundo,
¿Por qué recuerdo todo tan minuciosamente?»
Los dos ante esos árboles. El sueño y la belleza.
¿Está lleno el pasado de lo que aún no empieza?
¿Quién fue aquella que ahora la mente no adivina?
Me sentí desolado, sin saber cómo o cuándo,
Pero a veces quisiera de nuevo estar temblando
Solo, en aquel invierno, y en aquella cabina.

William Ospina
(1954)

Consejo

Elegir con cuidado un punto del aire
Cubrirlo con el cuenco de ambas manos
Arrullarlo
Irlo puliendo en su silencio
Piensa en Dios cuando construyó
su primer caracol o su primer huevo
Acerca el oído para oír cómo late
Agítalo para ver si responde
Si no puedes con la curiosidad
haz un huequito para mirarlo adentro
Nada verás. Nada escucharás
Has construido un buen vacío
Ponlo sobre tu corazón y aguarda
confiado el paso de los años

Rómulo Bustos
(1954)

Promesas de amor duradero

Que se encontrarían un día en Estambul
se prometieron con amor sincero
–aunque ya el amor sin lastres
vagaba airoso por costas del Egeo–

Que no importaría que cada uno anduviera con otro
–se prometieron ufanos e inocentes–
en Estambul se encontrarían
para ver en las derruidas arcadas
los vestigios del esplendor otomano

Que no importaría a través de quién
aquella historia de amor
habría de culminar con hermosura en Estambul

Pero otras manos llegaron sigilosas a sus manos
sin anunciar que un telón de olvido
comenzaba a caer ya para siempre
sobre el Bósforo
sobre Estambul
sobre sus manos

Fernando Herrera
(1958)

DESENCUENTRO

Si mi vida hubiera ido
a otra velocidad
y el tiempo me hubiera regalado diez años
menos,
y si al mismo tiempo a la tuya
le hubieran acelerado los latidos
de tu corazón
para tener diez años
        más,
tal vez estaríamos a esta hora
celebrando el encuentro
frente a un par de cervezas en la terraza de un café,
felices de que el azar hubiera tramado
esta cita un soleado mediodía de julio,
hecho a propósito para iniciar
una duradera historia de amor.

Pero nada de esto es lo que sucede ahora
en la que te miro caminar solitaria por la acera
con largo tu pelo color miel que te cae
como una silenciosa catarata por tu espalda
atravesado por la luz y desordenado por el aire,

y en la que tú me miras pasar lentamente
en un autobús y ves una cara
ausente que te observa desde la ventanilla
y que te parece por un momento familiar.

Pero el tiempo tenía otros planes para nosotros
porque el semáforo cambió a verde,
porque sonó una llamada en tu celular,
y la tarde siguió su curso,
tú con tu edad y yo con mi herida.

Ahora ya lo sabemos:
a veces el destino es el más tirano de los dioses,
y el amor es el más avaro a la hora
de repartir sus poderes.

RAMÓN COTE BARAIBAR
(1963)

Comentado amor

El silencio no existe.
El hombre es esa playa
donde dormir no pueden
las olas, sus palabras.
Rafael Santos Torroella

A Catalina González Restrepo

Como hermanos dormir
es decir tranquilos amantes
que no quieren saciarse,
dejando ir las voces bajo la lámpara,
levantando la mano y acariciando,
con ternura, con largueza,
los miembros, las cicatrices de otros lechos,
y no olvidando, no haciéndose el de la vista gorda,
sino queriendo en la verdad,
midiendo sin metro y sin centímetro tu espalda,
paloma mía,
saciada en el anhelo,
fuera de ti en la noche clara,
atenta soñadora que has olvidado la estela tras la popa y, sin embargo,
no dejas de sonreír, de ser violenta,
amado rostro que has dado luz a los días del callado cero
y hoy, sin vacilar, te elevas en mi coro, descalza,
niña descubierta al quitarle una pizca de azúcar a la cubierta de la torta y
que, feliz, me miras con pícaros ojos y te vas corriendo,
lenta, muy lentamente,
volteándote sin mucho énfasis para, ya en el patio,
lanzarme tres largos besos.

Juan Felipe Robledo
(1968)